Este artículo fue escrito por el autor a pedido de la Alianza Evangélica Latina (AEL), entidad que agrupa a 24 alianzas de iglesias evangélicas de Iberoamérica, entre ellas la Federación de Entidades Religiosas Evangélicas de España (FEREDE).



(JORGE FERNÁNDEZ , 20/03/2020) |

El país afronta su hora más crítica desde que empezó la crisis del coronavirus

Al momento de escribir estas líneas, los españoles nos encontramos surcando el sexto día de confinamiento forzoso desde la entrada en vigor del Real Decreto de estado de alarma por parte del Gobierno de España.

Las medidas extraordinarias -sin precedentes en la historia reciente de este país- dirigidas a reducir radicalmente las reuniones de personas, la movilidad en las calles y todos aquellos comportamientos de la vida social que facilitan el contagio del COVID-19, no han sido suficientes aún para frenar el ascenso imparable de la curva epidemiológica, que hoy supera los 1.000 muertos y roza los 20.000 contagiados.

Como suele suceder en las experiencias de catástrofes naturales, la respuesta de la ciudadanía en general está siendo ejemplar y pródiga en expresiones de solidaridad. El personal médico y sanitario se desvive atendiendo a los pacientes que se multiplican cada día en las salas de urgencias en turnos interminables. La ciudadanía está respetando muy mayoritariamente el confinamiento en sus casas, las pacientes colas en los supermercados, y las reducciones abruptas en sus desplazamientos. Las calles están vacías y, *el silencio*, algo desconocido en este país tan dado al encuentro social, a quedar con los amigos en los bares, a reír y vociferar todos a la vez, despreocupados en su alegría por eso que llaman "contaminación acústica"… hoy, en cambio, el silencio domina las calles, las plazas y los rincones de toda España. Solo a unas horas acordadas, al final de la jornada, ese silencio se rompe. Es entonces cuando miles de ciudadanos se asoman a los balcones y las ventanas de sus casas para dedicar un fervoroso y emocionado aplauso al personal sanitario -médicos, enfermeros, auxiliares, etc.- en reconocimiento a su esforzada y fundamental labor cotidiana.

Sin embargo y, pese a este extraordinario esfuerzo que en algunos casos alcanza el heroísmo, la amenaza de un colapso del sistema de salud, uno de los mejores del mundo por sus recursos, su calidad y su universalidad, se yergue en el horizonte cercano como una siniestra sombra a pasos agigantados. A tal extremo que, ya los responsables médicos de las unidades de cuidados intensivos (UCI) empiezan a prepararse para un escenario crítico en el que podrían tener que *priorizar* la atención a los pacientes si la curva de contagios sigue creciendo. Eso significa, tener que elegir entre *salvar la vida de unos y no salvar la de otros* en base a unos criterios que supondrán, inevitablemente, un dilema moral difícil de asumir.



